

3. Ventanas Abiertas

RUMOR DE DIOS

CREANDO UNA IMAGEN
José Rosario Marroquín, sj

Rumor de Dios

Creando una imagen

José Rosario Marroquín, sj

Elaboro esta reflexión incorporando en ella las diferentes voces, las de quienes compartimos las sesiones de reflexión sobre la vida religiosa, las voces de quienes a través de libros y artículos comparten también su visión de las cosas y también todo aquello que hoy se nos va susurrando en este mundo nuestro, tan cotidiano, silencioso a veces, escandaloso otras tantas.

Al leer las 15 propuestas para los grupos de trabajo, me ha atraído lo relativo a las artes, más que por esta cuestión de las artes en sí, por lo que evoca en mí lo que a continuación se dice: “creando una imagen y expresando un nuevo canto”. Entonces esta reflexión no toca explícitamente la cuestión del arte sino que toma este pretexto para permitirme una palabra a partir de mi experiencia.

1. Signos de vida

Al recorrer las calles descubro nuevas imágenes, violentas muchas veces, con una tenue esperanza en algunas ocasiones, transmisoras del dolor, voceras del sufrimiento cotidiano. Y llaman mi atención, quizá por sus planteamientos estéticos, por su violencia que rasga nuestro mundo. Me han parecido, sin embargo, signos de vida, expresiones de una voz que resiste al silencio. Esto es ya una señal de vida, ejercicio de mantenerse a pesar del olvido, de afirmarse en medio del caos, declarando incluso la conciencia de una construcción de algo nuevo, diciendo, quizá los más retadores, que son los muralistas del siglo XXI, como leí en algún muro de una sucia y maloliente calle.

Está también el ejercicio de la vida encontrada en la oscuridad del mundo. De pronto, cuando en la noche la luz ahuyenta nuestros miedos, una horda de oscuros seres se posesiona y atrapa la luz, la esconde para hacer surgir en ese mundo nuevas imágenes, doncellas, bufones, dragones, vampiros, la muerte, exploración de nuestra sombra para proclamar desde ahí que no es real el mundo que afirmándose en la luz no hace sino disfrazar con ella sus crímenes, sus odios que hacen de un resplandor no el comienzo de la vida sino el inicio de los juegos de guerra.

Una última señal viene a mi memoria: la pasión de quien relata su vida en un cuento, la relación de las cosas vividas a través de un personaje ficticio. De una pasión que incluye el esfuerzo tremendo por dibujar las letras con las mismas manos acostumbradas a coser carteras y mochilas; de una batalla inmensa librada contra la costumbre de creer que la propia palabra no tiene valor alguno. Y, tras todo esto, descubrirse uno mismo a pesar de los pleitos con la ortografía y escuchar en otras calles un nuevo significado para la propia vida. Me gustaría ser más explícito: hablo de la emoción que todavía renace, del recuerdo que tengo de las personas con quienes he compartido historias a través de las cuales hemos ido descubriendo las señales de nuestra vida y los motivos de nuestro gusto por vivir.

2. Bloqueos y dificultades

Durante los estudios de teología, y ya antes, al experimentar la brecha enorme entre las categorías de pensamiento y los hechos de la vida (una brecha artificial,

originada en hábitos de separación y exclusión), he venido preguntándome si habrá una forma de incluírnos con mayor fidelidad en nuestras reflexiones. Y he constatado, con impotencia la mayoría de las veces, que todo el saber, por más crítico que sea, parece detenerse cuando afirma que hace falta algo nuevo: un nuevo lenguaje, repensarlo todo, reconstruir, construir algo diferente... En fin, todo parece terminar cuando se dice que con lo que se conoce no se puede ir más allá. De pronto nos hemos visto animados por un ánimo crítico y destructor imparable, sin que nadie arroje la primera piedra para la construcción de aquello nuevo que se necesitaría, acaso porque en esa piedra hemos puesto muchas veces lo mejor de nuestra vida, acaso porque no podemos separar en ella lo que nos honra de aquello que pensamos que nos llena de oprobio. Este endiosamiento de toda actitud crítica me parece una dificultad inicial, nos conduce a detenernos por temor al ridículo, por la inseguridad de transitar otros caminos. Y en ello me parece detectar una traición a la vida misma, a su espíritu, a esa explosión reprimida en el nombre de la ortodoxia o de la prudencia, o de tantas otras excusas que no hacen sino ocultar el miedo.

Entiendo que pesan sobre nosotros temores fundados en la realidad, poderes entrelazados y en lucha, búsqueda de espacios de vida, ajustes para sobrevivir en un mundo donde los actos arbitrarios no aseguran ni protegen a quienes están en situaciones de vulnerabilidad. Pero esto nos conduce muchas veces al extremo de no mover nada, de no querer hacer holas como los condenados de uno de los círculos del infierno de Dante. Nos

ejercitamos en la realpolitik y vamos relegando cuestiones también fundamentales y acaso más humanizadoras que la simple sujeción a un mundo donde ponemos cadenas a nuestra realización. Y en nombre de la historia como maestra, de la prudencia, o incluso de justificaciones tan socorridas: “es por el bien de la comunidad”, “es por tu bien”, “es por el bien de la gente sencilla”, nos vamos enmarañando en una red que nos atrapa, en una especie de niebla que va limitando nuestra visión o en un quiste donde muerre el corazón. Y se recurre al Evangelio pero sólo como inspiración porque, según se dice desde una postura ilustrada, el mundo es tan complejo y hace falta poner los medios. Y aunque se alaba con Jesús a los sencillos que han recibido una revelación, por otro lado se justifican los saberes acumulados, y aunque se alaba la pobreza no se está dispuesto a ejercer de otras formas el consumo, o se dice que se opta por los pobres pero uno se sigue enamorando como si fuese rico, se piden los oprobios con Jesús humillado pero se sueña con alcanzar acaso la fama de una radicalidad a toda prueba, o el renombre que se consigue cuando quienes tienen el poder hablan bien de uno o de su grupo.

3. Cambios en nuestros estilos de vida

Por todo esto creo que hace falta recrearnos para volver a creer, para no enterrar los sueños, para rescatar al hombre, mujer que se asfixia tras una maraña de procedimientos ya probados, de resoluciones que ahorran el trabajo y aceptamos con la ilusión de que así dedicaremos energías para lo otro que de todas maneras nunca

llega, de justificaciones, de ritos que ya no ejercen su capacidad de traer al corazón el amor original por una vida en constante renovación.

Y me parece que debemos comenzar a creer en nuestras historias, elaborar nuestros propios relatos sobre la vida. Hace falta que dejemos de alimentar a los monstruos que nos persiguen. Porque nuestros perseguidores se alimentan de nuestro miedo, crecen a la sombra de nuestras derrotas anticipadas.

Necesitamos destruir los discursos que quieren que nos creamos, discursos elaborados por el mercado, la autoridad, la ortodoxia, la prudencia, o muchos otros abstractos a los que vamos dando una consistencia que termina por paralizarnos. En esto quizá sea valioso comenzar a dialogar nuevamente con nuestros vecinos, pero ya no desde narrativas antiguas, sino desde la recreación de nuestras propias narrativas que incluyan hoy nuestros sueños, que revelen nuestros miedos, que permitan abonar los deseos durante tanto tiempo reprimidos.

Considero que necesitamos recuperar nuestro cuerpo, echar a andar nuestros pies por las calles ignoradas, dejar de transitar por los lugares acostumbrados, dibujar con nuestras manos los rostros de tanta gente, reconstruir con ellas la tragedia de nuestro mundo y también la tenue esperanza, escribir no desde los intereses editoriales sino desde las voces y los hechos que a diario nos hablan de la vida, oír a la gente que conversa en el metro, enlazarnos en la danza de esto que llamamos realidad. En fin, quizá necesitamos hoy recuperar la sensibilidad, ir más allá de las meras reflexiones, nece-

sarias ciertamente, pero momento posterior a las impresiones cotidianas.

Sólo si se da esta experiencia me parece que será posible plantearse la cuestión sobre las formas concretas de expresión. En el documento se pregunta cómo se puede usar el arte en la vida consagrada, me parece que esto debería estar más allá de una visión puramente instrumental y reconocer que sin la sensibilidad previa reduciremos todo a mera formalidad. Más que una de las artes específicas, necesitamos reincorporar la sensibilidad a la formación y no reducirla a una serie de informaciones que acaso pudieran suscitar emociones, ni reducirla a un discurso en donde sólo tangencialmente se abordan los asuntos relacionados con nuestra complejidad como seres humanos.

4. Un corazón que reconoce

Viene a mí el gusto por un texto que siempre me ha cautivado, el retorno de dos discípulos que se alejan frustrados de Jerusalén, la ciudad donde pereció la esperanza.

Y es que ya no era posible reconocer a Jesús en los viejos moldes, no era posible reconocerlo con el recuerdo puesto en una imagen pasada, hacía falta reconocerlo en las señales nuevas de su presencia.

Para ello hizo falta sentir que el corazón ardía. Sólo desde un corazón ardiente se puede reconocer el mundo en el que vivimos, porque nos hemos acostumbrado a él, porque la sombra de lo repetido nos oculta la novedad de cada día.

5. Convicciones y líneas de acción

Al compartir con muchas personas tengo la impresión de que todos buscamos caminos para vivir y de que estos caminos existen en una diversidad asombrosa y casi milagrosa. Al reflexionar sobre la vida religiosa he tenido también la oportunidad de asombrarme ante la diversidad de motivaciones, de justificaciones y de formas concretas de ir realizando el amor primero experimentado como llamada y seducción.

Lo que he anotado arriba no pretende ser un camino, ni siquiera intenta ser una entre tantas posibles rutas para seguir viviendo dentro de este esquema que cabe en lo que hemos entendido como vida religiosa. Sin embargo me anima a compartirlo el hecho de que experimento también preocupaciones y elaboro juicios a partir de mi relación con el mundo. Y sigo creyendo que mientras haya algo ardiendo en el corazón, la vida seguirá encontrando caminos, podremos seguir manteniendo el cariño y permitir que la pasión arraigue.

Una última observación: yo mismo me sorprendo al no encontrar aquí alguna explicitación de mi experiencia refiriéndola a lo divino desde la experiencia de Jesús y no sé si realmente haga falta, porque creo que cuando uno encuentra a personas cuyo corazón también ardía por el camino, no es tan necesario mencionar el nombre, o mucho menos discutir el “verdadero nombre” de los peregrinos que iluminan nuestra tarde.